

EL CUENTO MÁS TRISTE DEL MUNDO

Por: Roger Otero

Si en la prensa local alguien había escrito de todo ese era mi vecino Noé: refranes, poesías, comentarios, ensayos, artículos, editoriales, reportajes, columnas de opinión, recomendaciones, noticias, epígrafes, aforismos, cuentos, críticas literarias, edictos, obituarios, clasificados, por ejemplo. Sin embargo, contra toda predicción —y aquí vale mencionar que era muy bueno en lo que hacía— en la mayoría de las ocasiones no tenía una cantidad aceptable de lectores para los numerosos textos que había producido, “todos, por desgracia —según él—, con mediocre éxito de circulación”, puesto que una gran parte de ellos terminaba en la cesta de basura como hijos bastardos que nunca reconocería: garabatos en hojas arrugadas que bien podían servir para limpiar vidrios, entretener brevemente a vagabundos, desempleados o hacer bulto en mesitas de salas de espera. El mismo Noé hacía bromas de aquello.

Lástima que yo no sea tan buena escritora como Noé... en realidad este ha sido mi único intento como prosista... ¿mis razones?... no estoy muy segura; tal vez al final lo revele, por el momento tengo más interés en contar esta historia que los motivos de mi extraña labor.

Noé era un hombre de cincuenta y ocho años, aunque sólo tuviera cuarenta y cinco. Él era de esas personas que aparentan más edad de la que en realidad tienen debido a un desequilibrio orgánico que se manifiesta a través de más arrugas. Los continuos desvelos, cigarrillos y cafés suelen ser los culpables, pero en el caso de Noé había algo más que eso, un desorden más repentino. Los años se le vinieron encima de un día para otro, como si sólo se hubiera acelerado el tiempo para él y todos los demás seres de este planeta hubiéramos sido inmune a este nuevo trance cronológico, hubiéramos permanecido en un coma de aproximadamente trece años (ajá, la cifra de la mala suerte).

La vez que noté a mi vecino con el semblante de moribundo no dudé en preguntarle de inmediato qué había ocurrido con él, si 'no' estaba enfermo o si 'no' necesitaba ayuda. Él simplemente me contestó, "no". Era muy difícil comunicarse con él cuando no se utilizaban las palabras adecuadas; por eso, o quizás por un complejo de lobo de estepa propio de algunos periodistas, no acostumbraba socializar con facilidad. No recuerdo haber escuchado jamás el bullicio de una fiesta que retumbe desde su casa hasta las ventanas y puertas de la mía, los altibajos de música clásica y la voz de Pavarotti por supuesto que no cuentan;

tampoco guardo en mi memoria la imagen de alguna mujer entrando o saliendo de su casa con el rostro sonrojado por posibles orgasmos ni los grititos susurrantes que se emiten al provocar uno. Noé era un hombre pulcro que guardaba severas distancias con los extraños y que paradójicamente, al no demostrar secretos o malas acciones, estimulaba curiosidades y acaparaba la atención de los demás. Es lo que suele suceder en barrios como el mío, donde todos conocen la vida de todos aunque finjamos sorpresa ante noticias que ya habíamos escuchado. Como retroalimentamos la información frecuentemente y a través de medios tan variados, podemos deducir fríamente las nuevas escenas, como si fuéramos espectadores y participantes al mismo tiempo de un reality show de lógicas consecuencias (porque si al novio de la hija de doña Lucía se le ve saliendo a hurtadillas a las cinco de la mañana de aquella casa sin perro, entonces es lógico suponer que pronto alguien como la señora de la pulpería irá con el chisme a don Pepe, esposo de doña Lucía y padre de la aguililla, y compre un perro grande y bravo que sancione las intromisiones del muchachito con espíritu de Don Juan, faltaba más, es el colmo la juventud actual. Por eso, si a Noé no se lo ve haciendo nada de nada, también es fácil suponer que todos supondrán todo de todo, porque si no lleva mujer a su casa y es un viejo sin anillo de matrimonio ni hijos, es, por lo tanto, un viejo maricón, porque de esos hay muchos actualmente, los hay en la política y ni se diga en el arte, y a Noé se lo ve en ambas, así que es doblemente maricón, qué indecencia, tan

buena gente que se lo veía al hombre este, pero claro, las apariencias engañan).

No obstante, pese a las insistentes especulaciones, la verdad es que Noé no era ni político ni homosexual, era sólo un hombre que gustaba de su soledad, que la hacía su mejor amuleto para escribir. No sé si se daría cuenta de que la gente hablaba a sus espaldas, y mal, como siempre se habla cuando no es de frente. Puede que sí, puede que por eso era tan esquivo, pero puede que no, porque también era esquivo conmigo, y yo siempre lo defendía de las habladurías, aunque sabía que eso me costaría unos buenos apodos entre párrafos infames.

Pero vamos al asunto en sí. Comencé este cuento diciendo que Noé había escrito muchísimo y más adelante también expuse sobre un repentino envejecimiento de su cuerpo; pero en ambas ocasiones fui irrelevante al comentarlo. Este es el momento de asociarlos, ¿por qué?, porque como aprendiz de cuentista, que también dije que era, me parece que así debe ser, ahora mismo, ya.

Noé había escrito de todo, sí... pero tal vez no, tal vez al haber escrito de todo y gustarle tanto escribir quisiera hacer algo más allá de sus propias posibilidades, algo que le exigiera más horas de trabajo y neuronas y dinero y felicidad y voluntad. Tal vez había llegado el momento de probarse a sí mismo que en verdad era buen escritor, si lo que hacía en verdad valía la pena, puesto que su público no era un buen parámetro de medición en este pueblo donde casi nadie lee, ni siquiera el periódico,

carajo, qué vergüenza tercermundista. Tal vez era todo eso, tal vez... Lo cierto es que cuando Noé me contó su verdad, la única vez que pudimos conversar como buenos amigos que fuimos, no supe identificar si lo que me dijo era efecto del whisky o de su amistad (aunque efímera, amistad al fin). Me dijo que ya estaba cansado de repetir los temas de siempre, los que escribía desde hace más de veinte años y no marcaba diferencia con nada ni nadie, aunque hubiera obtenido premios y distinciones en variadas ocasiones donde los discursos previos a las entregas de diplomas y reconocimientos hubieran atestiguado lo contrario. “Noé, vos estás borracho”, le repliqué con buen humor al momento que le servía más whisky en su vaso y no lograba hacerlo vacilar en sus declaraciones, y, al contrario, darle mayor seguridad sobre lo que pensaba de sí mismo. “Soy un mediocre, un mediocre, infeliz mediocre”. “No hablés así Noé, no lo sos, por supuesto que no lo sos. Sos alguien incomprendido, esa es tu historia”. “No, soy un mediocre”. No parecía borracho pero lo estaba. Fue aquella vez la última que lo vi de cuarenta y cinco años. Dos semanas después, ya era otro, un vejancón de mirada lánguida y voz raquítica que palidecía ante la luz del sol. “Carajo, Noé, ¿no estás enfermo?, ¿no necesitás que te ayude en algo?”. “No”. Pero desgraciadamente para él yo formaba parte de aquel barrio donde una negación significaba todo lo contrario hasta que se SUPONÍA —no era necesario comprobar— lo uno o lo otro. Así que me empeñé en saber la verdad sobre mi vecino a cualquier precio. Un par de veces me salté la

barda que separaba nuestras casas a sabiendas de que él no estaría adentro. En la primera oportunidad no demoré en regresar. Había un olor pestilente que doblegó mis fuerzas, un olor carroñero que a cualquiera hubiera espantado, incluso al ladrón más intrépido y sanguinario. Por eso, la segunda vez que estuve clandestinamente en su casa, me proveí de una mascarilla de quirófano que humedecí en leche de rosas para contrarrestar cualquier embestida de la fatalidad, porque debo admitir que hasta había pensado en tropezarme con algún muerto mal escondido tras alguna pila de libros que en pequeños montoncitos alfombraba los pasillos y los cuartos con horrible desorden. Sin embargo, nunca encontré tal carroña, ni de humano ni de animal, porque, para colmo, Noé era vegetariano. Luego deduje que las opciones que explicarían aquella hedentina podían ser el encierro de un cuerpo sin baño, sin aseo, el de Noé, o el desperfecto en los canales de desagüe de la casa (en este caso, sin embargo, lo más probable es que hubieran sido ambas cosas).

El interior de la casa era un reflejo de lo que podía sucederle a Noé en su interior. Dos semanas, o quizás menos, habían bastado para que mi vecino se encarrilara por un camino de misteriosa autodestrucción, demasiado misteriosa para mi gusto. Recuerdo que cuando lo visité (aquella única vez) y nos embriagamos él no demostró un cambio de conducta brusco. Siempre se mantuvo amable, caballeroso, parco en sus expresiones, sin asomos imprevistos de un desalmado escritor salvaje

que se emborracha para exteriorizar a su fiera interna y así poder aprovecharse de la jovencita (o no tan jovencita, en mi caso) que ha tenido la 'ingenua' gentileza de regalarle una botella de whisky. Aún lo recuerdo: cruzado de piernas, con la mirada vivaz y las palabras apropiadas para referirse sobre cualquier tema que le parecía interesante, el brazo izquierdo arrellanado sobre el espaldar del sofá y la mano derecha sujeta al vaso. Tampoco olvido la prolijidad de la casa, pocos pero suficientes y útiles objetos distribuidos equitativamente en cada espacio. Además, el olor, cómo quitarlo de mi mente, era el mío, lo cual significa que no olía a nada, sino al aroma natural del que llega de visita.

Una mañana dejé de ver su nombre en el periódico donde trabajaba, dejé de verlo llegar a su casa, dejé de escuchar sus pasos tras la barda que nos separaba. Fue cuando empecé a preocuparme por él, fue cuando dejé de prestar atención a los demás rumores del vecindario para concentrarme en los suyos, fue cuando empecé a obsesionarme, a pensar que ya no lo vería, a pensar que cuando lo viera sería la última vez, y eso no podía pasar, a Noé no podía pasarle nada, nada malo, nada malo... Pero le pasó, luego de haber saltado al río y haber contenido la respiración hasta morir... mierda, Noé, cómo pudiste haber hecho semejante barbaridad. "Terrible suicidio" tituló la prensa vespertina, "periodista ahogado por voluntad propia" hubiera puesto yo; pero quién era yo: nadie: su vecina: una loca que pensaba en él: una

aprendiz de cuentista: una mujer que llora por su ausencia: nadie. Y sin embargo, siendo nadie, asistí a su entierro, conocí a sus conocidos, lloré con sus familiares, intimé con sus colegas y dialogué con él cuando ya estaba en su tumba. Fue a través de este raro procedimiento que conseguí datos importantes sobre lo que podía haber motivado su muerte, informaciones sueltas que debía unir para conocer exactamente por qué buscó su propio fin, por qué alguien como él quería suicidarse.

—La literatura —sentenció Casimiro, el nuevo cuidante de la casa de Noé luego de que este muriera.

—¿De qué estás hablando Casimiro?

—Estoy diciéndole el motivo de su suicidio.

—¿Y por qué me lo decís?

—La he visto en el velorio, el entierro y en los nueve días de novena de don Noé. La he visto charlar con todos. Pensé que quizás quería oírlo.

Poco sabía de Casimiro hasta el momento en que me habló aquella mañana que llegó a la casa vecina y yo estaba sentada en mi vereda, abanicándome como era mi costumbre a esa hora de sol alto. Se presentó ante mí sin causarme asombro y luego fue una sombra que aparece y desaparece cientos de veces sin llamar la atención de nadie.

“Soy Casimiro y cuidaré de la casa de don Noé hasta que la vendan”, me dijo aquella vez. Y yo, tonta, simplemente le sonreí con agrado y volteé para otra parte. Era tímido, humilde, de voz gruesa que adelgazaba para no asustar, se vestía con ropa vieja y leía mucho, lo que me hacía

sospechar que no era pobre sino que tenía mal gusto (porque si tenía plata para comprarse libros, también debería tener para vestirse decentemente), de tez negra y contextura delgada pero fuerte, con manos grandes y espalda ancha, era un hombre trabajador y culto que me hacía recordar mucho al viejo Noé que llegó al barrio sin más presentaciones que un movimiento de cabeza. En conclusión, Casimiro era el eslabón que faltaba en mi cadena de informaciones. Por eso, la vez que me respondió lo que justo estaba preguntándome ese instante que él salía de su casa cuando yo estaba afuera de la mía, sentí miedo de que también pudiera leer otros pensamientos.

—¿Qué más sabés, Casimiro?

—Sólo lo que usted quiera preguntarme.

—¿Y por qué creés que quiero preguntarte algo?

—¿Está segura? También la he visto espiándome desde su techo.

—No he sido yo.

—Le diré algo, a ver si así se anima: don Noé era un hombre solitario, conocía mucha gente, pero sus libros eran su mejor compañía. Seguramente le habrá contado alguna vez que estaba cansado de repetirse como escritor.

—No lo sé.

—No se asuste. Lo sé porque a todos nos decía lo mismo.

—¿Y por qué me contás esto?

—¿En verdad no quiere saber por qué se suicidó?

Ese hombre no me daba miedo pero, aquel día que empezó a retarme para que le dijera la verdad, me aterró, y aun así me rendí ante su jueguito, inmediatamente, muerta de la curiosidad.

—Está bien, Casimiro, contame por qué Noé se suicidó.

—Don Noé se suicidó de tan triste que estaba.

—¿Cómo es eso?

—Empezó a escribir un cuento, pero no un cuento cualquiera, uno de verdad, uno que valiera la pena, donde todo su talento se concentrara y fuera capaz de ganar cualquier concurso literario y asombrar hasta al más exigente lector. Don Noé quería escribir el mejor cuento del mundo y lo que más le cautivaba era explorar las emociones humanas. Pero como sabía que era algo de nunca acabar prefirió delimitar su estudio, así que, después de pensar durante mucho tiempo sobre qué escribir, se decidió por la tristeza. Tenía que ser el cuento más triste del mundo, y para esto se sumergió entero en una investigación sin precedentes. La verdad no sé qué pudo haber descubierto en esta investigación que hizo, pero lo que pudo haber encontrado lo aniquiló desde adentro.

Un silencio angustiante nos acompañó por breves segundos.

—¿Y pudo escribir el cuento?

—No lo sé.

—¿Por eso vos leés? —me sorprendí diciendo.

Casimiro se sonrió.

—¿O sea que es usted la que me espía?

Sentí que un torrente de sangre se acumuló en mi cara, creo que por eso volví a preguntar, para darme más fuerzas.

—¿Por eso vos leés? —y fui contestando mis dudas—: estás buscando el cuento, son libros de Noé los que leés, vos sos pobre, no es que tengás mal gusto.

—Que tenga un bonito día, señora.

Casimiro se fue esbozando una sonrisa pícaro que bien podía haberse debido a dos causas, que yo me delaté o que yo lo descubrí; pero estaba claro que él estaba en su derecho de buscar el cuento que le diera la gana y que yo no podía andar espiándolo, o sea que estaba en desventaja y, además, por la forma en que me delaté, tenía para atormentarme con apodos despectivos, sin necesidad de que los otros vecinos me ayudaran, mi propia mente ya me los gritaba. Aquella mañana, luego de que Casimiro se fuera no pude dormir bien por las noches pensando en que él pudiera reaccionar de mala manera a través de un desquiciado acto de venganza. El poco rato que soñaba aparecía la imagen del negro apuñalándome en mi cama mientras me recitaba con su voz natural, “muere loca, muere”. Por suerte, ese estado demencial me duró poco. Cuando vendieron la casa, cuatro o cinco días después de mi estúpido encuentro con Casimiro, un joven matrimonio de gringos me hizo rezagar las historias truculentas en torno a Noé. Ahora el único testimonio que guardaré de aquellos días será este cuento y puesto que se acerca su final es un buen momento para revelar por qué lo he escrito.

Mi mejor argumento, tal vez el único que valga la pena mencionar aquí, es que doy un homenaje al que fue en vida un gran periodista para mi pequeña ciudad, para mi ociosa vida. Noé no podía morir en vano, aguantarse la respiración en una zona panda del río, escribir un cuento, el más triste del mundo, haber investigado, por tanto, las cosas más tristes del mundo: todo esto debía quedar grabado en alguna parte, aunque fuera a través de mis propias manos y esto me demorara más del tiempo calculado, muchísimo más. Nada de lo sucedido podía quedar en el olvido, haberse realizado en vano. Porque tal como vos pudiste haber dicho Noé, si hubieras leído mi cuento, si te lo hubiera comentado por lo menos: “La literatura debe buscar un fin en sí mismo, nunca el fin de los demás”. Y luego también, tal vez me hubieras besado, hubieras secado mis lágrimas con tus besos y mencionado tus dolores, tus padecimientos, hasta que la luz de la vida se extinguiera como el final de un sueño.

Entrañable Noé, espero que donde vos estés, las palabras sean polvo, los libros no existan y los únicos recuerdos que se transmitan sean narraciones cortas de una biblioteca feliz.

Adiós, Noé. Chao para siempre.